

el asunto más de cerca, la disposición más admirable de Dios es que su providencia se vale, para realizar sus designios, de nosotros, instrumentos tan imperfectos como somos. Pues si consideramos de qué lastimosa manera entorpecemos con nuestras faltas los planes de Dios, las veces que se le injuria y calumnia á causa de nosotros, colaboradores, suyos; nunca podríamos admirar bastante su paciencia, y casi podríamos decir su humillación.

Pero por débil que el hombre sea, Dios le honra, sin embargo, colocándose á su lado en la defensa del orden. ¡Cuán poco agradecemos este honor al gemir por el mal á que estamos sujetos, cuando nos quejamos de que Dios nos haya puesto entre tan numerosas tentaciones! ⁽¹⁾ Felices nosotros porque así sea, pues significa que estamos con Dios, que hemos hecho causa común con Él para la realización de sus designios, que se dignó hacernos partícipes de lo que hay más sagrado, de sus proyectos acerca del mundo y de nuestra salvación. Los proyectiles que nos alcanzan, dirigidos eran contra Él. ¡Qué guerrero tan cobarde es quien lucha por tan santa causa profiriendo lamentaciones y manifestando temor! ¡Quién no debería más bien agradecer á su señor que le otorgue su confianza y le coloque en el puesto de honor, en el de más peligro? ¡Quién no sentirá íntima satisfacción cuando encuentre ocasión de probar una vez más con actos su fidelidad? ⁽¹⁾ En vez de lamentarnos, deberíamos tener conciencia de la dignidad del puesto que tenemos á su lado. En vez de vacilar, mejor haríamos en admirar el poder de Dios, que no sólo triunfa tranquilamente de sus enemigos y convierte la mayor resistencia de las criaturas en medios de alcanzar sus fines, sino que además consigue esa victoria valiéndose de auxiliares que difícilmente podrían ser más insensatos y defectuosos.

11. El gobierno de Dios en el mundo es la salvación de éste.—El curso de toda la historia universal, la infructuosa guerra de los malos, la lucha en que tan flo-

(1) S. Agustín, *De Genesi ad lit.*, 11, 7, 9; 10, 14; 22, 29.

jamente pelean los buenos, la imperfección de los mejores, evidencian una verdad fundamento de toda la filosofía de la historia; que el mundo existe y progresa merced á la omnipotencia y sabiduría divinas. Hay un fondo de verdad en la doctrina del pesimismo cuando dice que el mundo está mal, que decae siempre, y que es muy extraño cómo puede existir así tanto tiempo. Mucho hace en efecto que se habría arruinado, si el eterno pastor de los pueblos le hubiera abandonado á sí mismo. Al gobierno de Dios, que, no obstante la ingratitud de los hombres, bondadosamente los atiende, se debe el que la historia no refleje un retroceso constante, sino que haya en ella épocas de progreso evidente.

Nosotros, ante cuyos ojos brilla siempre, á través de las nubes sombrías de la duda y del desaliento, la consoladora luz de aquel misterio, debemos sincero agradecimiento á la Providencia divina, por ella únicamente vivimos, y á ella se debe que el mundo no caiga en ruinas á causa de nuestra demencia. Hay una verdad profunda en el antiguo proverbio: «El mundo está gobernado por la sabiduría de Dios y la estulticia de los hombres». ⁽¹⁾

¡Qué habría hecho de sí mismo y del mundo el hombre, si hubiera sido él quien gobernara? Pero todo fué ordenado desde la eternidad por una sabiduría muy superior á nuestra locura. Siempre vela sobre nosotros quien todo lo vé y jamás duerme; siempre nos guía un amor para el cual ni aún la cosa más pequeña parece despreciable. En la confusión, producto de nuestra malicia, Dios permanece siempre inmutable. Eterna é inquebrantable es la ley que su gracia dictó y que es mantenida por su omnipotencia. En este orden de cosas, nada cambia, nada se corrompe, nada se muda, nada se retira; porque nada hay imprevisto para quien todo lo sabe; no se engaña la verdad; la omnipotencia queda siempre victoriosa. En Él está la sabiduría y la fortaleza, en Él reside el buen consejo y la

(1) Kœrte, *Sprichwörter der Deutschen*, (2) 2958. Wander, *Sprichwörter-Lexikon*, II, 55, 1313.

inteligencia. ⁽¹⁾ No necesita á los hombres poderosos, porque Él mismo es el poderoso. ⁽²⁾ Pero no tiene tampoco por qué temer su arrogancia. Si se precipitan contra Él en pleno día, se encontrarán en las tinieblas; á mediodía andarán á tientas como de noche. ⁽³⁾ Contra Él no prevalecen la sabiduría, ni la prudencia, ni el consejo. ⁽⁴⁾ Aunque los hombres maquinen el mal, Dios lo convierte en bien. ⁽⁵⁾ No perturban el orden establecido por él; únicamente favorecen su victoria. ⁽⁶⁾

Podría gozar él solo de ese honor, pero su amor le induce á compartir con nuestra debilidad, no solamente la lucha, sino también la gloria del triunfo. En el combate aumenta nuestras fuerzas, muestra la sabiduría y postra á los enemigos aterrados. Vela y dirige las cosas de tal suerte, que todo, hasta el mal, hasta las heridas, nuestra misma perfidia, sirven, no sólo para honor suyo, sino también para nuestra felicidad. ⁽⁷⁾

Así, pues, todo procede de Dios, y todo vuelve á Él. De todas las disonancias resultará al fin el más perfecto acuerdo; las perturbaciones servirán para realzar la belleza del orden; el curso de los tiempos y del mundo se convertirán en grande y maravillosa armonía. Quien sea bastante insensato para excluirse de ese ritmo, debe resignarse á oír las disonancias que él mismo preparó: quien tomó parte según sus fuerzas en la tenaz lucha, verá lo poco que hizo para la realización de la gran empresa, recompensado por el remunerador generoso, no según la pequeñez de sus actos, sino por el mérito de todo el conjunto. Esta es la marcha del mundo, la conclusión eternamente verdadera de la historia.

(1) Job, XII, 13.

(2) Job, XXXVI, 5.

(3) Job, V, 14.

(4) Prov., XXI, 30.

(5) Genes., I, 20.

(6) Agustín., *Conf.*, 12, 11, 11.

(7) Rom., VIII, 28. S. Agustín., *Corrept. et gratia*, 9, 23; *Nat. et gr.*, 28, 32. Greg. Mag., *Mor.*, 2, 78, 79. Bernardo, *Div. S.*, 1, 6; 38, 1, 2. Sto. Tomás, 1, 2, q. 79, a. 4. Blossius, *Conclave animæ fidelis*, 6, 4.

12. La historia universal es un gran día de batalla.

—En la cima del monte está el generalísimo, mientras que en el valle se traba con furia la pelea. Nieblas grises, que no se podría saber si son nubes ó polvo, envuelven los ejércitos y el campo; el cielo se conmueve, el viento silba, la tierra se estremece con el fragor de la artillería, el eco repercute horriblemente en las alturas temblorosas. Parecen desencadenadas todas las furias del averno; sólo por los fogonazos de los cañones, el sonar más próximo ó más lejano de los estampidos, la crepitación de la fusilería, y el color de los sombríos vapores que se elevan, puede la vista reconocer las peripecias de la lucha. Los corazones palpitan con angustia; todos escuchan las palabras del jefe y observan silenciosos, con ojos escrutadores, las alteraciones de su fisonomía, pues en su mano está el honor y la independencia de la patria; de su mirada, de una señal suya, penden la vida de millares de hombres y la suerte de millones de personas. Y él solo, en la terrible pelea, se muestra impasible, y como sin vida; depende todo de que no pierda un instante la sangre fría y la circunspección; mientras los suyos vean en él la calma imperturbable, parecerían un ultraje toda pregunta y toda vacilación. Él calla y dirige; ellos ejecutan con exactitud y confianza sus concisas órdenes. Y al caer la tarde, quedan á salvo el honor, la libertad y la vida; porque se alcanzó la victoria y se hizo la paz.

Toda la historia de la humanidad es como una batalla para Aquel ante el cual mil años son como un día. ⁽¹⁾ Ni un solo hombre deja de tomar parte en la lucha; todos combatimos por la libertad, la patria y la eternidad. En esta batalla se pelea por la ley de Dios y el orden moral del mundo; el honor del Eterno, el triunfo del bien, la verdadera y perpetua felicidad del hombre, tal es nuestro grito de guerra. Silencioso, con calma imperturbable, invisible á sus soldados, pero entre ellos, dirige Dios mismo, el generalísimo, el señor de la guerra, desde su trono el curso

(1) Psalm., LXXXIX, 4.

de la lucha por la eternidad. Todo combatiente leal miraría como incalificable ultraje dudar de tal jefe; en cuanto á él, se promete de cada uno de sus fieles que ejecutará puntualmente toda orden suya aunque hubiera de hacer el sacrificio de la sangre y de la vida. Qué el triunfo de su causa y de la nuestra es seguro, lo esperamos, lo creemos,—¡no! lo sabemos con toda certidumbre.

CONFERENCIA XX

ECCE AGNUS DEI

1. **Lacoonte imagen del paganismo.**—Á la antigüedad misma, según refiere Plinio, ⁽¹⁾ pareció ya una maravilla del arte el grupo de Lacoonte, obra maestra del rodio Agesilao y de sus hijos Polydoro y Athenodoro. El juicio de la posteridad está de acuerdo con el de Plinio; en esa creación, llegó á su más alto punto el arte antiguo. Sería una exageración decir que la antigüedad se venció á sí misma en aquella obra; pero la verdad es que en ella nos dejó fielmente su propia imagen.

El dolor que se manifiesta en todos los músculos y tendones, los poderosos esfuerzos de aquel cuerpo noble y vigoroso, la impotencia á que los repliegues espirales cada vez más numerosos de las serpientes le reducen, la vaga mirada que dirige al cielo la víctima, de súplica y desesperación á la vez; todo representa el espíritu, la vida, la historia de la antigüedad.

Mucho tiempo se defendió con heroica fortaleza de los monstruos que la divinidad había enviado contra él, sacerdote desleal, para castigar su desobediencia. Como el toro bravo lanza bramando lejos de sí el hacha con que el sacrificador le hirió ante el altar, así Lacoonte sacudió al principio con fiera arrogancia las flexibles cadenas que le oprimían, lanzando á las estrellas gritos de dolor y de maldición. ⁽²⁾ Cuando vió que eran vanos sus esfuerzos, se rindió, protestando, á la suerte inevitable; y entre suspi-

(1) Plinio, *Hist. nat.*, 36, 41 (5), 24.

(2) Virgil., *Aen.*, II, 222-225.